

Domingo XXXII del Tiempo Ordinario (ciclo B)

- DEL MISAL MENSUAL
- BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)
- SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)
- FRANCISCO – Homilías en Santa Marta
- BENEDICTO XVI – Homilía 2009 y Ángelus 2012
- DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos
- RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)
- FLUVIUM (www.fluvium.org)
- PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)
- BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)
 - Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II
 - Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva
 - Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica
- HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)
- Pbro. José MARTÍNEZ Colín (Culiacán, México) (www.evangelinet.net)

DEL MISAL MENSUAL

LA VIUDA DE SAREPTA

1 R 17, 10-16; Hb 9,24-28; Mc 12,38-44

La viuda que recibe la visita del profeta Elías es una mujer de Fenicia, que sufre como todos los campesinos del relato, la escasez de víveres luego de una prolongada sequía. La mujer no se identifica con Elías, porque no reconoce como suyo al Dios de Israel. No obstante, atiende sin chistar las órdenes del profeta, pasando por encima del bienestar de su familia. La mujer encarna una nobleza de espíritu y una generosidad que solemos encontrar en la gente más pobre. En las situaciones de carencia extrema se las personas mezquinas exhiben su egoísmo. La viuda de Sarepta es generosa con un israelita desconocido. Nobleza extrema, si la comparamos con la limosna generosa que la viuda del Evangelio ofrece agradecida al Dios que la ha socorrido toda la vida.

ANTÍFONA DE ENTRADA Cfr. Sal 87, 3

Que llegue hasta ti mi súplica, Señor, inclina tu oído a mi clamor.

ORACIÓN COLECTA

Dios omnipotente y misericordioso, aparta de nosotros todos los males, para que, con el alma y el cuerpo bien dispuestos, podamos con libertad de espíritu cumplir lo que es de tu agrado. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Con el puñado de harina la viuda hizo un panecillo y se lo llevó a Elías.

Del primer libro de los Reyes: 17, 10-16

En aquel tiempo, el profeta Elías se puso en camino hacia Sarepta. Al llegar a la puerta de la ciudad, encontró allí a una viuda que recogía leña. La llamó y le dijo:

“Tráeme, por favor, un poco de agua para beber”. Cuando ella se alejaba, el profeta le gritó: “Por favor, tráeme también un poco de pan”. Ella le respondió: “Te juro por el Señor, tu Dios, que no me queda ni un pedazo de pan; tan sólo me queda un puñado de harina en la tinaja y un poco de aceite en la vasija. Ya ves que estaba recogiendo unos cuantos leños. Voy a preparar un pan para mí y para mi hijo. Nos lo comeremos y luego moriremos”.

Elías le dijo: “No temas. Anda y prepáralo como has dicho; pero primero haz un panecillo para mí y tráemelo. Después lo harás para ti y para tu hijo, porque así dice el Señor Dios de Israel: ‘La tinaja de harina no se vaciará, la vasija de aceite no se agotará, hasta el día en que el Señor envíe la lluvia sobre la tierra’ “.

Entonces ella se fue, hizo lo que el profeta le había dicho y comieron él, ella y el niño. Y tal como había dicho el Señor por medio de Elías, a partir de ese momento, ni la tinaja de harina se vació, ni la vasija de aceite se agotó. **Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.**

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 145,6c-7. 8-9°. 9bc-10

R/. El Señor siempre es fiel a su palabra.

El Señor siempre es fiel a su palabra, y es quien hace justicia al oprimido; Él proporciona pan a los hambrientos y libera al cautivo. **R/.**

Abre el Señor los ojos de los ciegos y alivia al agobiado. Ama el Señor al hombre justo y toma al forastero a su cuidado. **R/.**

A la viuda y al huérfano sustenta y trastorna los planes del inicuo. Reina el Señor eternamente. Reina tu Dios, oh Sión, reina por siglos. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

Cristo se ofreció una sola vez para quitar los pecados de todos.

De la carta a los hebreos: 9, 24-28

Hermanos: Cristo no entró en el santuario de la antigua alianza, construido por mano de hombres y que sólo era figura del verdadero, sino en el cielo mismo, para estar ahora en la presencia de Dios, intercediendo por nosotros.

En la antigua alianza, el sumo sacerdote entraba cada año en el santuario para ofrecer una sangre que no era la suya; pero Cristo no tuvo que ofrecerse una y otra vez a sí mismo en sacrificio, porque en tal caso habría tenido que padecer muchas veces desde la creación del mundo. De hecho, Él se manifestó una sola vez, en el momento culminante de la historia, para destruir el pecado con el sacrificio de sí mismo.

Así como está determinado que los hombres mueran una sola vez y que después de la muerte venga el juicio, así también Cristo se ofreció una sola vez para quitar los pecados de todos. Al final se manifestará por segunda vez, pero ya no para quitar el pecado, sino para salvación de aquellos que lo aguardan y en El tienen puesta su esperanza. **Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.**

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Mt 5, 3

R/. Aleluya, aleluya.

Dichosos los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos. **R/.**

EVANGELIO

Esa pobre viuda ha echado en la alcancía más que todos.

Del santo Evangelio según san Marcos: 12, 38-44

En aquel tiempo, enseñaba Jesús a la multitud y le decía: “¡Cuidado con los escribas! Les encanta pasearse con amplios ropajes y recibir reverencias en las calles; buscan los asientos de honor en las sinagogas y los primeros puestos en los banquetes; se echan sobre los bienes de las viudas haciendo ostentación de largos rezos. Éstos recibirán un castigo muy riguroso”.

En una ocasión Jesús estaba sentado frente a las alcancías del templo, mirando cómo la gente echaba allí sus monedas. Muchos ricos daban en abundancia. En esto, se acercó una viuda pobre y echó dos moneditas de muy poco valor. Llamando entonces a sus discípulos, Jesús les dijo: “Yo les aseguro que esa pobre viuda ha echado en la alcancía más que todos. Porque los demás han echado de lo que les sobraba; pero ésta, en su pobreza, ha echado todo lo que tenía para vivir”. **Palabra del Señor. Gloria a ti, Señor Jesús.**

Credo

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, mira con bondad este sacrificio, y concédenos alcanzar los frutos de la pasión de tu Hijo, que ahora celebramos sacramentalmente. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

Prefacio dominical.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Sal 22, 1-2

El Señor es mi pastor, nada me falta; en verdes praderas me hace recostar; me conduce hacia fuentes tranquilas.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados con estos sagrados dones, te damos gracias, Señor, e imploramos tu misericordia, para que, por la efusión de tu Espíritu, cuya eficacia celestial recibimos, nos concedas perseverar en la gracia de la verdad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

UNA REFLEXIÓN PARA NUESTRO TIEMPO.- Sabiendo que prácticamente dos de cada tres mexicanos disponen de recursos insuficientes para satisfacer sus necesidades, no podemos darle la vuelta a la página de estos relatos, cuyos protagonistas son mujeres viudas y pobres. Aun cuando los pobres suelen desarrollar redes de solidaridad para paliar los efectos de la pobreza, también cabe resaltar que esa misma pobreza les ha cerrado las puertas a la salud y los ha encajonado en las llamadas enfermedades de la pobreza (tuberculosis, diarrea, enfermedades respiratorias, talla y peso bajos al nacer, etc.). Todo ese malestar social disminuiría con alimentación adecuada, acceso al agua potable y servicios de salud. No hay que olvidar que estos males sociales serían remediables si

nuestra sociedad eliminara la desbordante corrupción. La ejemplar solidaridad que muestran los pobres con sus iguales, no ha desaparecido. Es un desafío para quienes disponemos de fe en Jesús y de mayor bienestar.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

Elías y la viuda de Sarepta (1 R 17,10-16)

1ª lectura

Sarepta estaba situada a 15 km. al sur de Sidón, patria de Jezabel, esposa del rey Ajab (cfr 1 R 16,31). Allí Elías estaba ciertamente fuera de la jurisdicción del rey que le perseguía; pero llama la atención que sea una pobre viuda a punto de morir de hambre la que Dios elige para dar alimento al profeta.

Jesucristo presenta este hecho, que sea una viuda extranjera la elegida, como señal de que Dios da sus dones a quien quiere, no a quien se cree con derecho a recibirlos (cfr Lc 4,25-26).

Cristo entró en el cielo para interceder por nosotros (Hb 9,24-28)

2ª lectura

En la Antigua Ley tanto el sacrificio expiatorio como el ritual de una alianza exigían el derramamiento de sangre. El autor sagrado manifiesta que la mediación sacerdotal de Cristo es la única que puede lograr el perdón de los pecados y el acceso de los hombres a Dios, porque derramó su propia sangre para ratificar la Nueva Alianza (vv. 11-14), y así nos abrió con su cuerpo resucitado —el «Tabernáculo» (v. 11; cfr Jn 2,19-22)— las puertas del cielo. Enseña también que la muerte de Cristo es la última disposición de Dios: otorgar a los hombres la herencia del cielo (vv. 23-28).

En todo el pasaje se revela el poder redentor de la sangre de Cristo, ante la que nos debemos conmovir, como se conmovieron los santos: «Tengamos los ojos fijos en la sangre de Cristo y comprendamos cuán preciosa es a su Padre, porque, habiendo sido derramada para nuestra salvación, ha conseguido para el mundo entero la gracia del arrepentimiento» (S. Clemente Romano, *Ad Corinthios* 7,4). «¿Deseas descubrir aún por otro medio el valor de esta sangre? Mira de dónde brotó y cuál sea su fuente. Empezó a brotar de la misma cruz y su fuente fue el costado del Señor. (...) El soldado le traspasó el costado, abrió una brecha en el muro del templo santo, y yo encuentro el tesoro escondido y me alegro con la riqueza hallada» (S. Juan Crisóstomo, *Catecheses ad illuminandos* 3,16). Y Santa Catalina de Siena escribe: «Anégate en la sangre de Cristo crucificado; báñate en su sangre; sáciate con su sangre; embriágate con su sangre; vístete de su sangre; duélete de ti mismo en su sangre; alégrate en su sangre; crece y fortifícate en su sangre; pierde la debilidad y la ceguera en la sangre del Cordero inmaculado; y con su luz, corre como caballero viril, a buscar el honor de Dios, el bien de su santa Iglesia y la salud de las almas, en su sangre» (*Cartas* 333).

En el v. 24 se vuelve a insistir (cfr 7,25) cómo Cristo ejerce su sacerdocio desde el cielo «en favor nuestro»: «Jesucristo, habiendo entrado una vez por todas en el santuario del cielo, intercede sin cesar por nosotros como el mediador que nos asegura permanentemente la efusión del Espíritu Santo» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 667).

Los vv. 27-28 contemplan también tres verdades fundamentales de la fe cristiana acerca de los novísimos: 1) el decreto inmutable de la muerte, «una sola vez» (no hay reencarnación); 2) la existencia de un juicio que sigue inmediatamente a ella; 3) la segunda y gloriosa venida de Cristo. «La muerte es el fin de la peregrinación terrena del hombre, del tiempo de gracia y de misericordia,

que Dios le ofrece para realizar su vida terrena según el designio divino y para decidir su último destino» (*ibidem*, n. 1013).

La expresión «sin relación ya con el pecado» (v. 28) quiere decir que en su segunda venida ya no tendrá que reparar el pecado ni sufrir por él como víctima.

El donativo de la viuda (Mc 12,38-44)

Evangelio

Los otros dos evangelios sinópticos recogen duros reproches de Jesús a algunos escribas y fariseos (cfr Mt 23,1-36; Lc 11,37-54, y notas). San Marcos sólo retiene estas palabras (vv. 38-40) como parte de esa enseñanza. Con ellas reprende el afán desordenado de honores humanos: «Es de advertir que no prohíbe los saludos en la plaza ni ocupar los primeros asientos a quienes corresponde por su oficio; sino que previene a los fieles que deben guardarse, como de hombres malos, de los que aman indebidamente tales honores» (S. Beda, *In Marci Evangelium, ad loc.*).

Si la conducta de los escribas es la que se debe rechazar, la de la viuda pobre es la que se debe imitar. Frente a la ostentación de los escribas (vv. 38-40) y a la apariencia de los ricos (v. 41), Jesús opone la rectitud de intención y la generosidad de espíritu de la viuda paupérrima: *¿No has visto las lumbres de la mirada de Jesús cuando la pobre viuda deja en el templo su pequeña limosna? Dale tú lo que puedas dar: no está el mérito en lo poco o en lo mucho, sino en la voluntad con que lo des* (San Josemaría Escrivá, *Camino*, n. 829).

SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)

La limosna

Cristo, el Gran Consejero

– No hay hombre alguno que atribulado y sin luces para salir con su empeño, no busque un consejero avisado que le diga qué ha de hacer. Imaginémonos, pues, al mundo entero cómo a un hombre solo. Desea evitar el no; te agitas, y te agitas en vano, según te dice quien no sabe engañar. Atesoras, en efecto, y para salir bien de tus empresas, no hablemos de pérdidas, ni de riesgos, ni de tantas muertes como ganancias; muertes, digo, no de los cuerpos, sino de los malos pensamientos; para que venga el oro, perece la fe; por el vestido del cuerpo desnudarás el alma. Mas, olvidando eso y silenciando aquello, y dejando a un lado contratiempos, pensemos sólo en las cosas prósperas. Atesoras, pues, y de todas partes afluyen a ti las ganancias, y las monedas corren a chorro como una fuente; arde el mundo de pobreza, y nadas tú en riqueza. ¿No has oído decir: *Si afluyen las riquezas, no pongáis en ellas el corazón?* Ganas, no luchas en vano; pero te agitas en vano. “¿Por qué, dices, me agito en vano? Lleno mis talegos y apenas puede mi casa contener mis adquisiciones; ¿por qué, pues, me agito en vano?” “*Atesoras, y no sabes para quién;* de saberlo, ruégote me lo digas. Si no te agitas en vano, dime para quién atesoras.” “Para mí.” “Y ¿osas decirlo tú, hombre mortal?” “Para mis hijos.” “¿Osas decirlo de quienes han de morir? Gran piedad es en el padre atesorar para los hijos, pero también vanidad, porque atesora para quienes han de morir quien ha de morir. ¿A qué amontonar para ti si has de morir? E igual es el destino de los hijos: han de pasar, tampoco se han de quedar.” No quiero preguntarte cómo serán tus hijos, mas temo disipen la liviandad y el lujo lo que allegó la avaricia. Otro derrochará gentilmente lo que tú ahorraste con tantos sudores; dejo, empero, esto a un lado. Quizá serán buenos hijos, quizá no desenfrenados; cuidarán lo que dejaste, acrecerán el capital que reuniste, no esparcirán lo que amontonaste; mas, si tal hacen, los hijos son tan vanos como el padre al imitarte en eso, y les digo a ellos lo que te dije a ti. Al hijo para quien atesoras le

digo: *Ateoras, y no sabes para quién*. Ni lo supiste tú ni él lo sabe tampoco. Si heredó tu vanidad, ¿fallará en él la verdad?

Para quién se atesora muchas veces

—Omito decir que tal vez consumes la vida en atesorar para el ladrón. Una noche ene, y encuentra preparado lo que en tantos días y noches acumulado. Tal vez atesoras para un ladrón o para un pirata. Y pasemos a otro lado, por no refrescar la memoria de pasaos dolores ¡Cuántas cosas halló la enemiga crueldad acumuladas por la necia vanidad! Lejos de mí desearlo, mas todos ceden temerlo. No lo quiera Dios. Basten sus propios azotes. Pidamos todos que aleje Dios eso, y perdónenos aquel a quien lo rogamos. Pero si él nos pregunta para quién ahorramos, ¿qué le responderemos? Tú, pues, hombre—y aquí hablo a todos los hombres—, tú que atesoras en vano, ¿qué respondes cuando examine contigo y busque salida en este asunto común? Respondíame antes diciendo: “Atesoro para mí, para mis hijos, para los sucesores”; y yo te dije cuánto se puede temer de los mismos hijos. No hablemos de que tus hijos hayan e vivir puniblemente, cual te lo desea tu enemigo; vivan según lo desean los padres. Hícete memoria do cuantos dieron en tales peligros, y te horrorizaste, pero no te enmendaste. ¿Qué otra cosa puedes responderme sino: “Acaso no”? Y te hablé así: “Quizá allegas para el ladrón y el pirata.” No te dije *ciertamente*, sino *quizá*. Y entre un *quizá sí y un quizá no* ignoras qué sucederá; luego te conturbas en vano.

(*Sermones*, Sermón 60, Ed. BAC, Madrid, 1964, pp. 623 ss.)

FRANCISCO – Homilías en Santa Marta

La valentía de las opciones definitivas

25 de noviembre de 2013

Cuántas veces los cristianos -los que son “perseguidos hoy” o incluso sólo “madres y padres de familia”- se encuentran en “situaciones límites”. Y, obligados a hacer opciones definitivas, eligen sea como sea al Señor. Se lo planteó el Papa Francisco en la homilía de la misa celebrada el lunes 25 de noviembre, destacando que se trata, de cualquier modo, de una elección difícil, para la cual debemos pedir a Dios la “gracia de la valentía”.

El Pontífice se refirió ante todo al pasaje litúrgico tomado del libro del profeta Daniel (Dn 1, 1-6; 8-20), en el que se narra de algunos jóvenes que encontraron el valor de rechazar el alimento contaminado impuesto por el rey y lograron obtener ser alimentados sólo con agua y verdura. El Señor recompensa su fidelidad ayudándoles a desarrollar un físico y una mente más ágiles que la de todos los demás, en tal medida que son elegidos por el rey mismo. Esos jóvenes, destacó el Santo Padre, se encontraban “al límite porque eran esclavos, y cuando en ese tiempo -pero también en éste- se caía en la esclavitud, ya nada era seguro, ni siquiera la vida. Estamos al límite”.

El Obispo de Roma se refirió, por lo tanto, al episodio del Evangelio de Lucas (Lc 21, 1-4) donde se habla de la limosna de la viuda, quien no tiene ni siquiera para comer, sin embargo ofrece todo lo que posee. “Jesús -destacó el Papa- dice que estaba en la miseria. En ese tiempo las viudas no tenían la pensión del marido, estaban en la miseria. Estaban al límite”. Por lo tanto, esos jóvenes y la viuda se encontraban al límite cuando tuvieron que tomar una decisión.

“La viuda -destacó el Pontífice- fue al templo a adorar a Dios, a decir al Señor que está sobre todo y que ella le ama”. Siente que debe realizar un gesto por el Señor y “da todo lo que tenía para vivir”. Y este gesto suyo “es algo más que generosidad, es otra cosa”. Elige bien: sólo el Señor.

Porque “se olvida de sí misma. Podía decir: pero, Señor, tú lo sabes, necesito de esto para el pan de hoy... Y esa moneda volvía al bolsillo. En cambio, eligió adorar al Señor hasta el final”.

También los jóvenes tenían la posibilidad de encontrar “una salida de emergencia, digamos así, de su situación”, añadió el Obispo de Roma. De hecho, hubiesen podido decir: “Pero somos esclavos. La ley aquí no se puede cumplir, debemos custodiar la vida, no adelgazar, no contraer enfermedades... ¡comamos!”. En cambio “dijeron que no. Hicieron una opción: el Señor”. Y fueron muy inteligentes al encontrar una vía para permanecer fieles, incluso en un contexto difícil.

Jóvenes y viuda, destacó el Santo Padre, “corrieron el riesgo. En su riesgo eligieron al Señor”. Lo hicieron con el corazón, sin intereses personales y sin mezquindad. Se confiaron al Señor. Y no lo hicieron por fanatismo -destacó el Papa Francisco-, “sino porque sabían que el Señor es fiel. Se confiaron a esa fidelidad que está siempre”. Porque “el Señor es siempre fiel”, ya que “no puede negarse a sí mismo”.

Confiarse a la fidelidad del Señor: es una opción -dijo el Papa- “que también nosotros tenemos la oportunidad de hacer en nuestra vida cristiana”. A veces se trata de “una opción grande, difícil”. En la historia de la Iglesia, y también en nuestro tiempo, hay hombres, mujeres, ancianos y jóvenes que hacen esta elección. Y nos damos cuenta “cuando conocemos la vida de los mártires, cuando leemos en los periódicos las persecuciones de los cristianos, hoy. Pensemos en estos hermanos y hermanas que se encuentran en situaciones al límite y que hacen esta elección. Ellos viven en este tiempo. Son un ejemplo para nosotros. Nos alientan a dejar en el tesoro de la Iglesia todo lo que tenemos para vivir”.

Volviendo a los jóvenes del libro del profeta Daniel, el Santo Padre hizo notar que el Señor “les ayuda y les hace salir de la dificultad; son victoriosos y llegan a buen fin”. El Señor ayuda también a la viuda del Evangelio de Lucas, “porque tras la alabanza de Jesús, Dios le alaba: en verdad os digo, esta viuda... Es una victoria. Nos hará bien pensar en estos hermanos y hermanas que en toda la historia, incluso hoy, hacen elecciones definitivas”. El Pontífice invitó a pensar, en especial, en “tantas madres y en tantos padres de familia que cada día hacen opciones definitivas para seguir adelante con su familia, con sus hijos. Y esto es un tesoro en la Iglesia. Ellos nos dan testimonio”. Ante ellos, concluyó, “pidamos la gracia de la valentía. Del valor de seguir adelante en nuestra vida cristiana, en las cosas de cada día y en las situaciones límites”.

¿De dónde viene la luz?

24 de noviembre de 2014

En la viuda que entrega sus dos moneditas al tesoro del templo podemos ver la «imagen de la Iglesia» que debe ser pobre, humilde y fiel. Parte del Evangelio del día, tomado del capítulo 21 de san Lucas (Lc 21, 1-4), la reflexión del Papa Francisco durante la misa del lunes 24 de noviembre. En la homilía hizo referencia al pasaje donde Jesús, «tras largas discusiones» con los saduceos y los discípulos en relación a los escribas y a los fariseos que «se complacían en ocupar los primeros puestos, los primeros asientos en las sinagogas, en los banquetes, en ser saludados», alzando los ojos «vio a una viuda». El «contraste» es inmediato y «fuerte» respecto a los «ricos que echaban sus donativos en el tesoro del templo». Precisamente la viuda es «la persona más fuerte aquí, en este pasaje».

De la viuda, explicó el Pontífice, «se dice dos veces que era pobre: dos veces. Y pasaba necesidad». Es como si el Señor hubiese querido destacar a los doctores de la ley: «Tenéis muchas

riquezas de vanidad, de apariencia o incluso de soberbia. Esta es pobre...». Pero «en la Biblia el huérfano y la viuda son las figuras de los más marginados» así como también los leprosos, y «por ello hay muchos mandamientos para ayudar, para ocuparse de las viudas, de los huérfanos». Y Jesús «mira a esta mujer sola, vestida con sencillez» y «que echa todo lo que tenía para vivir: dos moneditas». El pensamiento vuela también a otra viuda, la de Sarepta, «que había recibido al profeta Elías y había dado todo lo que tenía antes de morir: un poco de harina y aceite...».

El Pontífice volvió a componer la escena narrada por el Evangelio: «Una mujer pobre en medio de los poderosos, en medio de los doctores, de los sacerdotes, de los escribas... también en medio de los ricos que echaban sus donativos, e incluso algunos para hacerse ver». A ellos les dijo Jesús: «Este es el camino, este es el ejemplo. Esta es la senda por la que vosotros tenéis que ir». Surge fuerte el «gesto de esta mujer que le pertenecía totalmente a Dios, como la viuda Ana que recibió a Jesús en el Templo: toda para Dios. Su esperanza estaba sólo en el Señor».

«El Señor puso de relieve la persona de la viuda», dijo el Papa Francisco, y continuó: «Me gusta ver aquí, en esta mujer, una imagen de la Iglesia». Sobre todo la «Iglesia pobre, porque la Iglesia no debe tener otras riquezas más que su Esposo»; luego la «Iglesia humilde, como lo eran las viudas de ese tiempo, porque en esa época no existía la pensión, no existían las ayudas sociales, nada». En cierto sentido la Iglesia «es un poco viuda, porque espera a su Esposo que volverá». Ciertamente, «tiene a su Esposo en la Eucaristía, en la Palabra de Dios, en los pobres: pero espera que regrese».

¿Qué es lo que impulsa al Papa a «ver en esta mujer la figura de la Iglesia»? El hecho de que «no era importante: el nombre de esta viuda no aparecía en los periódicos, nadie la conocía, no tenía títulos... nada. Nada. No brillaba con luces propias». Y la «gran virtud de la Iglesia» debe ser precisamente la «de no brillar con luz propia», sino reflejar «la luz que viene de su Esposo». Tanto más que «a lo largo de los siglos, cuando la Iglesia quiso tener luz propia, se equivocó». Lo decían incluso «los primeros Padres», la Iglesia es «un misterio como el de la luna. La llamaban *mysterium lunae*: la luna no tiene luz propia; la recibe siempre del sol».

Ciertamente, especificó el Papa, «es verdad que algunas veces el Señor puede pedir a su Iglesia que tenga, que procure un poco de luz propia», como cuando pidió «a la viuda Judit que se quitara las vestiduras de viuda y se pusiera vestidos de fiesta para cumplir una misión». Pero, dijo, «permanece siempre la actitud de la Iglesia hacia su Esposo, hacia el Señor». La Iglesia «recibe la luz de allá, del Señor» y «todos los servicios que realizamos» le sirven a ella para «recibir esa luz». Cuando a un servicio le falta esta luz «no está bien», porque «hace que la Iglesia se haga rica, o poderosa, o que busque el poder, o que se equivoque de camino, como sucedió muchas veces en la historia, y como sucede en nuestra vida cuando queremos tener otra luz, que no es precisamente la del Señor: una luz propia».

El Evangelio, destacó el Papa, presenta la imagen de la viuda precisamente en el momento en el que «Jesús comienza a sentir las resistencias de la clase dirigente de su pueblo: los saduceos, los fariseos, los escribas, los doctores de la ley». Y es como si Él dijera: «Sucede todo esto, pero mirad allí», hacia esa viuda. La confrontación es fundamental para reconocer la verdadera realidad de la Iglesia que «cuando es fiel a la esperanza y a su Esposo, se alegra de recibir la luz que viene de Él, de ser -en este sentido- viuda: esperando ese sol que vendrá».

Por lo demás, «no por casualidad la primera confrontación fuerte que Jesús tuvo en Nazaret, después de la que tuvo con Satanás, fue por nombrar a una viuda y por nombrar a un leproso: dos marginados». Había «muchas viudas en Israel, en ese tiempo, pero sólo Elías fue invitado por la viuda de Sarepta. Y ellos se enfadaron y querían matarlo».

Cuando la Iglesia, concluyó el Papa Francisco, es «humilde» y «pobre», y también cuando «confiesa sus miserias -que, además, todos las tenemos- la Iglesia es fiel». Es como si ella dijera: «Yo soy oscura, pero la luz me viene de allí». Y esto, añadió el Pontífice, «nos hace mucho bien». Entonces «recemos a esta viuda que está en el cielo, seguro», a fin de que «nos enseñe a ser Iglesia de ese modo», renunciando a «todo lo que tenemos» y a no tener «nada para nosotros» sino «todo para el Señor y para el prójimo». Siempre «humildes» y «sin gloriarnos de tener luz propia», sino «buscando siempre la luz que viene del Señor».

BENEDICTO XVI – Homilía 2009 y Ángelus 2012

La viuda lo da todo, se da a sí misma, y se pone en las manos de Dios

Queridos hermanos y hermanas:

En el centro de la liturgia de la Palabra de este domingo, trigésimo segundo del tiempo ordinario, encontramos el personaje de la viuda pobre, o más bien, nos encontramos ante el gesto que realiza al echar en el tesoro del templo las últimas monedas que le quedan. Un gesto que, gracias a la mirada atenta de Jesús, se ha convertido en proverbial: “el óbolo de la viuda” es sinónimo de la generosidad de quien da sin reservas lo poco que posee. Ahora bien, antes quisiera subrayar la importancia del ambiente en el que se desarrolla ese episodio evangélico, es decir, el templo de Jerusalén, centro religioso del pueblo de Israel y el corazón de toda su vida. El templo es el lugar del culto público y solemne, pero también de la peregrinación, de los ritos tradicionales y de las disputas rabínicas, como las que refiere el Evangelio entre Jesús y los rabinos de aquel tiempo, en las que, sin embargo, Jesús enseña con una autoridad singular, la del Hijo de Dios. Pronuncia juicios severos, como hemos escuchado, sobre los escribas, a causa de su hipocresía, pues mientras ostentan gran religiosidad, se aprovechan de la gente pobre imponiéndoles obligaciones que ellos mismos no observan. En suma, Jesús muestra su afecto por el templo como casa de oración, pero precisamente por eso quiere purificarlo de usos impropios, más aún, quiere revelar su significado más profundo, vinculado al cumplimiento de su misterio mismo, el misterio de su muerte y resurrección, en la que él mismo se convierte en el Templo nuevo y definitivo, el lugar en el que se encuentran Dios y el hombre, el Creador y su criatura.

El episodio del óbolo de la viuda se enmarca en ese contexto y nos lleva, a través de la mirada de Jesús, a fijar la atención en un detalle que se puede escapar pero que es decisivo: el gesto de una viuda, muy pobre, que echa en el tesoro del templo dos moneditas. También a nosotros Jesús nos dice, como en aquel día a los discípulos: ¡Prestad atención! Mirad bien lo que hace esa viuda, pues su gesto contiene una gran enseñanza; expresa la característica fundamental de quienes son las “piedras vivas” de este nuevo Templo, es decir, la entrega completa de sí al Señor y al prójimo; la viuda del Evangelio, al igual que la del Antiguo Testamento, lo da todo, se da a sí misma, y se pone en las manos de Dios, por el bien de los demás. Este es el significado perenne de la oferta de la viuda pobre, que Jesús exalta porque da más que los ricos, quienes ofrecen parte de lo que les sobra, mientras que ella da todo lo que tenía para vivir (cf. *Mc* 12, 44), y así se da a sí misma.

Queridos amigos, a partir de esta imagen evangélica, deseo meditar brevemente sobre el misterio de la Iglesia, del templo vivo de Dios, y de esta manera rendir homenaje a la memoria del gran Papa Pablo VI, que consagró a la Iglesia toda su vida. La Iglesia es un organismo espiritual concreto que prolonga en el espacio y en el tiempo la oblación del Hijo de Dios, un sacrificio aparentemente insignificante respecto a las dimensiones del mundo y de la historia, pero decisivo a los ojos de Dios. Como dice la *carta a los Hebreos*, también en el texto que acabamos de escuchar, a

Dios le bastó el sacrificio de Jesús, ofrecido “una sola vez”, para salvar al mundo entero (cf. *Hb* 9, 26.28), porque en esa única oblación está condensado todo el amor del Hijo de Dios hecho hombre, como en el gesto de la viuda se concentra todo el amor de aquella mujer a Dios y a los hermanos: no le falta nada y no se le puede añadir nada. La Iglesia, que nace incesantemente de la Eucaristía, de la entrega de Jesús, es la continuación de este don, de esta sobreabundancia que se expresa en la pobreza, del todo que se ofrece en el fragmento. Es el Cuerpo de Cristo que se entrega totalmente, Cuerpo partido y compartido, en constante adhesión a la voluntad de su Cabeza. Me alegra saber que estáis profundizando en la naturaleza eucarística de la Iglesia, guiados por la carta pastoral de vuestro obispo.

Esta es la Iglesia que el siervo de Dios Pablo VI amó con amor apasionado y trató de hacer comprender y amar con todas sus fuerzas. Releamos su “Meditación ante la muerte”, donde, en la parte conclusiva, habla de la Iglesia. “Puedo decir —escribe— que siempre la he amado... y que para ella, no para otra cosa, me parece haber vivido. Pero quisiera que la Iglesia lo supiese”. Es el tono de un corazón palpitante, que sigue diciendo: “Quisiera finalmente abarcarla toda en su historia, en su designio divino, en su destino final, en su compleja, total y unitaria composición, en su consistencia humana e imperfecta, en sus desdichas y sufrimientos, en las debilidades y en las miserias de tantos hijos suyos, en sus aspectos menos simpáticos y en su esfuerzo perenne de fidelidad, de amor, de perfección y de caridad. Cuerpo místico de Cristo. Querría —continúa el Papa— abrazarla, saludarla, amarla en cada uno de los seres que la componen, en cada obispo y sacerdote que la asiste y la guía, en cada alma que la vive y la ilustra; bendecirla”. Y a ella le dirige las últimas palabras como si se tratara de la esposa de toda la vida: “Y, ¿qué diré a la Iglesia, a la que debo todo y que fue mía? Las bendiciones de Dios vengan sobre ti; ten conciencia de tu naturaleza y de tu misión; ten sentido de las necesidades verdaderas y profundas de la humanidad; y camina pobre, es decir, libre, fuerte y amorosa hacia Cristo” (*L'Osservatore Romano*, 12 de agosto de 1979, p. 12).

¿Qué se puede añadir a palabras tan elevadas e intensas? Sólo quisiera subrayar esta última visión de la Iglesia “pobre y libre”, que recuerda la figura evangélica de la viuda. Así debe ser la comunidad eclesial para que logre hablar a la humanidad contemporánea. En todas las etapas de su vida, desde los primeros años de sacerdocio hasta el pontificado, Giovanni Battista Montini se interesó de modo muy especial por el encuentro y el diálogo de la Iglesia con la humanidad de nuestro tiempo. Dedicó todas sus energías al servicio de una Iglesia lo más conforme posible a su Señor Jesucristo, de modo que, al encontrarse con ella, el hombre contemporáneo pudiera encontrarse con Jesús, porque de él tiene necesidad absoluta. Este es el anhelo profundo del concilio Vaticano II, al que corresponde la reflexión del Papa Pablo VI sobre la Iglesia. Él quiso exponer de forma programática algunos de sus aspectos más importantes en su primera encíclica, *Ecclesiam suam*, del 6 de agosto de 1964, cuando aún no habían visto la luz las constituciones conciliares *Lumen gentium* y *Gaudium et spes*.

Con aquella primera encíclica el Pontífice se proponía explicar a todos la importancia de la Iglesia para la salvación de la humanidad, y al mismo tiempo, la exigencia de entablar entre la comunidad eclesial y la sociedad una relación de mutuo conocimiento y amor (cf. *Enchiridion Vaticanum*, 2, p. 199, n. 164). “Conciencia”, “renovación”, “diálogo”: estas son las tres palabras elegidas por Pablo VI para expresar sus “pensamientos” dominantes —como él los define— al comenzar su ministerio petrino, y las tres se refieren a la Iglesia. Ante todo, la exigencia de que profundice la conciencia de sí misma: origen, naturaleza, misión, destino final; en segundo lugar, su necesidad de renovarse y purificarse contemplando el modelo que es Cristo; y, por último, el problema de sus relaciones con el mundo moderno (cf. *ib.*, pp. 203-205, nn. 166-168). Queridos amigos —y me dirijo de modo especial a los hermanos en el episcopado y en el sacerdocio—, ¿cómo

no ver que la cuestión de la Iglesia, de su necesidad en el designio de salvación y de su relación con el mundo, sigue siendo hoy absolutamente central? Más aún, ¿cómo no ver que el desarrollo de la secularización y de la globalización han radicalizado aún más esta cuestión, ante el olvido de Dios, por una parte, y ante las religiones no cristianas, por otra? La reflexión del Papa Montini sobre la Iglesia es más actual que nunca; y más precioso es aún el ejemplo de su amor a ella, inseparable de su amor a Cristo. “El misterio de la Iglesia —leemos en la encíclica *Ecclesiam suam*— no es mero objeto de conocimiento teológico, sino que debe ser un hecho vivido, del cual el alma fiel, aun antes que un claro concepto, puede tener una como connatural experiencia” (*ib.*, p. 229, n. 178). Esto presupone una robusta vida interior, que es “el gran manantial de la espiritualidad de la Iglesia, su modo propio de recibir las irradiaciones del Espíritu de Cristo, expresión radical e insustituible de su actividad religiosa y social, e inviolable defensa y renaciente energía en su difícil contacto con el mundo profano” (*ib.*, p. 231, n. 179). Precisamente el cristiano abierto, la Iglesia abierta al mundo, tienen necesidad de una robusta vida interior.

Queridos hermanos, ¡qué don tan inestimable para la Iglesia es la lección del siervo de Dios Pablo VI! Y ¡qué alentador es cada vez aprender de su ejemplo! Es una lección que afecta a todos y compromete a todos, según los diferentes dones y ministerios que enriquecen al pueblo de Dios por la acción del Espíritu Santo. En este Año sacerdotal me complace subrayar que esta lección interesa y afecta de manera particular a los sacerdotes, a quienes el Papa Montini reservó siempre un afecto y una atención especiales. En la encíclica sobre el celibato sacerdotal escribió: “‘‘Apresado por Cristo Jesús’’ (*Flp* 3, 12) hasta el abandono total de sí mismo en él, el sacerdote se configura más perfectamente a Cristo también en el amor, con que el eterno Sacerdote ha amado a su cuerpo, la Iglesia, ofreciéndose a sí mismo todo por ella. (...) La virginidad consagrada de los sagrados ministros manifiesta el amor virginal de Cristo a su Iglesia y la virginal y sobrenatural fecundidad de esta unión’’ (*Sacerdotalis caelibatus*, 26). Dedico estas palabras del gran Papa a los numerosos sacerdotes de la diócesis de Brescia, aquí bien representados, así como a los jóvenes que se están formando en el seminario. Y quisiera recordar también las palabras que Pablo VI dirigió a los alumnos del Seminario Lombardo, el 7 de diciembre de 1968, mientras las dificultades del posconcilio se añadían a los fermentos del mundo juvenil: “Muchos —dijo— esperan del Papa gestos clamorosos, intervenciones enérgicas y decisivas. El Papa considera que tiene que seguir únicamente la línea de la confianza en Jesucristo, a quien su Iglesia le interesa más que a nadie. Él calmará la tempestad... No se trata de una espera estéril o inerte, sino más bien de una espera vigilante en la oración. Esta es la condición que Jesús escogió para nosotros a fin de que él pueda actuar en plenitud. También el Papa necesita ayuda con la oración’’ (*Insegnamenti* VI, [1968], 1189). Queridos hermanos, que los ejemplos sacerdotales del siervo de Dios Giovanni Battista Montini os guíen siempre, y que interceda por vosotros san Arcángel Tadini, a quien acabo de venerar en mi breve visita a Botticino.

Oremos para que el fulgor de la belleza divina resplandezca en cada una de nuestras comunidades y la Iglesia sea signo luminoso de esperanza para la humanidad del tercer milenio. Que nos alcance esta gracia María, a quien Pablo VI quiso proclamar, al final del concilio ecuménico Vaticano II, Madre de la Iglesia. Amén.

Ángelus 2012

Dios exige nuestra libre aceptación de la fe, que se expresa en el amor a Él y al prójimo.

¡Queridos hermanos y hermanas!

La Liturgia de la Palabra de este domingo nos presenta como modelo de fe las figuras de dos viudas. Y nos la presenta en paralelo: una en el Primer Libro de los Reyes (17,10-16), la otra en el Evangelio de Marcos (12,41-44). Ambas mujeres son muy pobres, y es en esta condición que demuestran una gran fe en Dios. La primera aparece en el ciclo de relatos sobre el profeta Elías. Este, en una época de carestía, recibe del Señor la orden de ir cerca de Sidón, por lo tanto, fuera de Israel, en territorio pagano. Allí se encuentra con esta viuda y le pide un poco de agua para beber y algo de pan. La mujer responde que solo le queda un puñado de harina y un poco de aceite --pero dado que el profeta insiste y le promete que, si le hace caso, la harina y el aceite no le faltarán--, se lo concede y es recompensada.

La segunda viuda, la del Evangelio, es puesta en evidencia por Jesús en el templo de Jerusalén, específicamente ante el arca del tesoro, donde la gente dejaba las ofrendas. Jesús ve que esta mujer deja dos monedas en el arca; luego llama a los discípulos y les explica que su óbolo es mayor que la de los ricos, porque, mientras ellos dan de su abundancia, la viuda dio “todo cuanto poseía, todo lo que tenía para vivir” (Mc. 12,44).

A partir de estos dos episodios bíblicos, muy bien combinados, se puede obtener una valiosa lección sobre la fe. Se parece a la actitud interior de aquel que basa su vida en Dios, en su Palabra, y confía plenamente en Él. La viudez, en la antigüedad, era en sí misma una situación de gran necesidad. Por esta razón, en la Biblia, las viudas y los huérfanos son personas de las que Dios se preocupa de modo especial: han perdido su apoyo en la tierra, pero Dios sigue siendo su esposo, su padre. Sin embargo, la Escritura dice que la condición objetiva de la necesidad, en este caso, al ser una viuda, no es suficiente: Dios siempre exige nuestra libre aceptación de la fe, que se expresa en el amor a Él y al prójimo. Nadie es tan pobre que no pueda donar algo.

De hecho, nuestras viudas de hoy muestran su fe cumpliendo con un acto de caridad: una frente al profeta y la otra dando la limosna. Así, dan testimonio de la unidad inseparable de la fe y de la caridad, y entre el amor a Dios y el amor al prójimo--, como nos recuerda el evangelio del domingo pasado. El papa san León Magno, cuya memoria celebramos ayer, explica: “En la balanza de la justicia divina no pesa la cantidad de dones, sino el peso de los corazones. La viuda del Evangelio depositó en el arca del templo dos monedas y superó todos los regalos de los ricos. Ningún acto de bondad carece de sentido ante Dios, ningún acto de misericordia permanece sin fruto (*Sermo de jejunio dec. mens.*, 90, 3).

La Virgen María es el ejemplo perfecto de alguien que se entrega por completo confiando en Dios; con esta fe le dijo al ángel su “Heme aquí” y aceptó la voluntad del Señor. María, ayuda a cada uno de nosotros, en este Año de la fe, a reforzar la confianza en Dios y en su Palabra.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Cristo ha entregado su vida por nosotros

Nuestra comunión en los Misterios de Jesús

519 Toda la riqueza de Cristo “es para todo hombre y constituye el bien de cada uno” (RH 11). Cristo no vivió su vida para sí mismo, sino para nosotros, desde su Encarnación “por nosotros los hombres y por nuestra salvación” hasta su muerte “por nuestros pecados” (1 Co 15, 3) y en su

Resurrección para nuestra justificación (Rom 4,25). Todavía ahora, es “nuestro abogado cerca del Padre” (1 Jn 2, 1), “estando siempre vivo para interceder en nuestro favor” (Hb 7, 25). Con todo lo que vivió y sufrió por nosotros de una vez por todas, permanece presente para siempre “ante el acatamiento de Dios en favor nuestro” (Hb 9, 24).

520 Toda su vida, Jesús se muestra como nuestro modelo (cf. Rm 15,5; Flp 2, 5): él es el “hombre perfecto” (GS 38) que nos invita a ser sus discípulos y a seguirle: con su anonadamiento, nos ha dado un ejemplo que imitar (cf. Jn 13, 15); con su oración atrae a la oración (cf. Lc 11, 1); con su pobreza, llama a aceptar libremente la privación y las persecuciones (cf. Mt 5, 11-12).

521 Todo lo que Cristo vivió hace que podamos vivirlo en Él y que Él lo viva en nosotros. “El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido en cierto modo con todo hombre” (GS 22, 2). Estamos llamados a no ser más que una sola cosa con él; nos hace comulgar en cuanto miembros de su Cuerpo en lo que él vivió en su carne por nosotros y como modelo nuestro:

Debemos continuar y cumplir en nosotros los estados y Misterios de Jesús, y pedirle con frecuencia que los realice y lleve a plenitud en nosotros y en toda su Iglesia... Porque el Hijo de Dios tiene el designio de hacer participar y de extender y continuar sus Misterios en nosotros y en toda su Iglesia por las gracias que él quiere comunicarnos y por los efectos que quiere obrar en nosotros gracias a estos Misterios. Y por este medio quiere cumplirlos en nosotros (S. Juan Eudes, regn.)

La pobreza de corazón

2544 Jesús exhorta a sus discípulos a preferirle a todo y a todos y les propone “renunciar a todos sus bienes” (Lc 14,33) por él y por el Evangelio (cf. Mc 8,35). Poco antes de su pasión les mostró como ejemplo la pobre viuda de Jerusalén que, de su indigencia, dio todo lo que tenía para vivir (cf. Lc 21,4). El precepto del desprendimiento de las riquezas es obligatorio para entrar en el Reino de los cielos.

2545 “Todos los cristianos...han de intentar orientar rectamente sus deseos para que el uso de las cosas de este mundo y el apego a las riquezas no les impidan, en contra del espíritu de pobreza evangélica, buscar el amor perfecto” (LG 42).

2546 “Bienaventurados los pobres en el espíritu” (Mt 5,3). Las bienaventuranzas revelan un orden de felicidad y de gracia, de belleza y de paz. Jesús celebra la alegría de los pobres de quienes es ya el Reino (Lc 6,20):

El Verbo llama “pobreza en el Espíritu” a la humildad voluntaria de un espíritu humano y su renuncia; el Apóstol nos da como ejemplo la pobreza de Dios cuando dice: “Se hizo pobre por nosotros” (2 Co 8,9) (S. Gregorio de Nisa, beat, 1).

2547 El Señor se lamenta de los ricos porque encuentran su consuelo en la abundancia de bienes (Lc 6,24). “El orgulloso busca el poder terreno, mientras el pobre en espíritu busca el Reino de los Cielos” (S. Agustín, serm. Dom. 1,1). El abandono en la Providencia del Padre del Cielo libera de la inquietud por el mañana (cf. Mt 6,25-34). La confianza en Dios dispone a la bienaventuranza de los pobres: ellos verán a Dios.

La limosna

V DIVERSAS FORMAS DE PENITENCIA EN LA VIDA CRISTIANA

1434 La penitencia interior del cristiano puede tener expresiones muy variadas. La Escritura y los Padres insisten sobre todo en tres formas: el ayuno, la oración, la limosna (cf. Tb 12,8; Mt 6,1-18), que expresan la conversión con relación a sí mismo, con relación a Dios y con relación a los demás. Junto a la purificación radical operada por el Bautismo o por el martirio, citan, como medio de obtener el perdón de los pecados, los esfuerzos realizados para reconciliarse con el prójimo, las lágrimas de penitencia, la preocupación por la salvación del prójimo (cf St 5,20), la intercesión de los santos y la práctica de la caridad “que cubre multitud de pecados” (1 P 4,8).

1438 Los tiempos y los días de penitencia a lo largo del año litúrgico (el tiempo de Cuaresma, cada viernes en memoria de la muerte del Señor) son momentos fuertes de la práctica penitencial de la Iglesia (cf SC 109-110; CIC can. 1249-1253; CCEO 880-883). Estos tiempos son particularmente apropiados para los ejercicios espirituales, las liturgias penitenciales, las peregrinaciones como signo de penitencia, las privaciones voluntarias como el ayuno y la limosna, la comunicación cristiana de bienes (obras caritativas y misioneras).

Elías y la conversión del corazón

2581 Para el pueblo de Dios, el Templo debía ser el lugar donde aprender a orar: las peregrinaciones, las fiestas, los sacrificios, la ofrenda de la tarde, el incienso, los panes de “la proposición”, todos estos signos de la Santidad y de la Gloria de Dios, Altísimo pero muy cercano, eran llamadas y caminos de la oración. Sin embargo, el ritualismo arrastraba al pueblo con frecuencia hacia un culto demasiado exterior. Era necesaria la educación de la fe, la conversión del corazón. Esta fue la misión de los profetas, antes y después del Destierro.

2582 Elías es el padre de los profetas, “de la raza de los que buscan a Dios, de los que persiguen su Faz” (Sal 24, 6). Su nombre, “El Señor es mi Dios”, anuncia el grito del pueblo en respuesta a su oración sobre el Monte Carmelo (cf 1 R 18, 39). Santiago nos remite a él para incitarnos a orar: “La oración ferviente del justo tiene mucho poder” (St 5, 16b-18).

2583 Después de haber aprendido la misericordia en su retirada al torrente de Kérit, aprende junto a la viuda de Sarepta la fe en la palabra de Dios, fe que confirma con su oración insistente: Dios devuelve la vida al hijo de la viuda (cf 1 R 17, 7-24).

En el sacrificio sobre el Monte Carmelo, prueba decisiva para la fe del pueblo de Dios, el fuego del Señor es la respuesta a su súplica de que se consume el holocausto “a la hora de la ofrenda de la tarde”: “¡Respóndeme, Señor, respóndeme!” son las palabras de Elías que repiten exactamente las liturgias orientales en la epiclesis eucarística (cf 1 R 18, 20-39).

Finalmente, repitiendo el camino del desierto hacia el lugar donde el Dios vivo y verdadero se reveló a su pueblo, Elías se recoge como Moisés “en la hendidura de la roca” hasta que “pasa” la presencia misteriosa de Dios (cf 1 R 19, 1-14; Ex 33, 19-23). Pero solamente en el monte de la Transfiguración se dará a conocer Aquél cuyo Rostro buscan (cf. Lc 9, 30-35): el conocimiento de la Gloria de Dios está en el rostro de Cristo crucificado y resucitado (cf 2 Co 4, 6).

2584 En el “cara a cara” con Dios, los profetas sacan luz y fuerza para su misión. Su oración no es una huida del mundo infiel, sino una escucha de la palabra de Dios, a veces un litigio o una queja, siempre una intercesión que espera y prepara la intervención del Dios salvador, Señor de la historia (cf Am 7, 2. 5; Is 6, 5. 8. 11; Jr 1, 6; 15, 15-18; 20, 7-18).

El juicio particular

1021 La muerte pone fin a la vida del hombre como tiempo abierto a la aceptación o rechazo de la gracia divina manifestada en Cristo (cf. 2 Tm 1, 9-10). El Nuevo Testamento habla del juicio principalmente en la perspectiva del encuentro final con Cristo en su segunda venida; pero también asegura reiteradamente la existencia de la retribución inmediata después de la muerte de cada uno con consecuencia de sus obras y de su fe. La parábola del pobre Lázaro (cf. Lc 16, 22) y la palabra de Cristo en la Cruz al buen ladrón (cf. Lc 23, 43), así como otros textos del Nuevo Testamento (cf. 2 Co 5,8; Flp 1, 23; Hb 9, 27; 12, 23) hablan de un último destino del alma (cf. Mt 16, 26) que puede ser diferente para unos y para otros.

1022 Cada hombre, después de morir, recibe en su alma inmortal su retribución eterna en un juicio particular que refiere su vida a Cristo, bien a través de una purificación (cf. Cc de Lyon: DS 857-858; Cc de Florencia: DS 1304-1306; Cc de Trento: DS 1820), bien para entrar inmediatamente en la bienaventuranza del cielo (cf. Benedicto XII: DS 1000-1001; Juan XXII: DS 990), bien para condenarse inmediatamente para siempre (cf. Benedicto XII: DS 1002).

A la tarde te examinarán en el amor (San Juan de la Cruz, dichos 64).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

Vino una pobre viuda

Podemos llamar al Domingo de hoy el «Domingo de las viudas». En la primera lectura, viene narrada la historia de la viuda de Sarepta, que se priva de todo lo que tiene (un puñado de harina y algunas gotas de aceite) para preparar la comida al profeta Elías. También, el fragmento evangélico tiene como protagonista a una viuda. Un día, estando ante el tesoro del templo, Jesús observa a los que echaban limosnas. Nota a una pobre viuda, que pasando delante pone todo lo que tiene: dos monedas, esto es, dos reales. Entonces se vuelve hacia los discípulos y les dice:

«Os aseguro que esa pobre viuda ha echado en el arca de las ofrendas más que nadie. Porque los demás han echado de lo que les sobra, pero ésta, que pasa necesidad, ha echado todo lo que tenía para vivir».

Lo que Jesús ha querido enseñar a los discípulos con este elogio de la viuda es que Dios juzga distintamente que los hombres. Él aprecia la ofrenda de los pequeños, de los que no pueden hacer una hermosa figura ni siquiera cuando hacen limosna, porque no tienen dinero que dar. De la viuda, Jesús exalta asimismo la extraordinaria confianza en Dios, que la lleva a darlo todo, sin preocuparse de su mañana.

Es ésta una buena ocasión para dedicar nuestra atención a las viudas y, naturalmente también, a los viudos de hoy. Si la Biblia habla tan frecuentemente de las viudas y nunca de los viudos (en efecto, en algunas lenguas antiguas no existe el correspondiente masculino de viuda) es porque en la sociedad antigua la mujer, que ha quedado sola, tenía bastante más desventaja respecto al hombre, que ha quedado solo. Era, trámite el marido, por lo que la mujer encontraba su inserción en la sociedad; de ahí que la pérdida del marido significara la pérdida de todo derecho y de todo sostén. Hoy, no hay mucha diferencia entre los dos; al contrario, dicen que la mujer, que queda sola, en general, se defiende mejor que el hombre en esta misma situación.

La viuda constituye en el Antiguo Testamento junto con el huérfano y el forastero una de las tres categorías-símbolo de pobreza, soledad y necesidad; pero, precisamente por esto, es una de las categorías más queridas para Dios, que se define como «padre de huérfanos, protector de viudas» (Salmo 68, 6). La Biblia conoce a bonitas figuras de viudas, entre ellas Judit, la viuda toda oración y modestia, que, llegada la ocasión, se transforma en heroína intrépida para salvar a su pueblo. Jesús muestra una particular simpatía por las viudas, como por todos los grupos más débiles de la sociedad. Resucita al hijo de la viuda de Naín; presenta a una viuda como modelo de oración insistente; en el mismo Evangelio de hoy denuncia a los escribas, que «devoran los bienes de las viudas». En la Iglesia apostólica, las viudas gozan de un estatuto particular en la comunidad (cfr. 1 Timoteo 5,3-16) y realizan misiones de apoyo para el clero y de servicio para los pobres. Y, también hoy, ellas prestan una contribución preciosa en tantas obras sociales y caritativas.

Quisiera, en esta ocasión, apuntar un tema, que interesa vitalmente no sólo a los viudos y a las viudas, sino también a todos los casados; y que es particularmente actual en este mes dedicado a los muertos. ¿La muerte del cónyuge, que sella el fin legal de un matrimonio, sella también el fin total de toda comunión? ¿Permanece en el cielo algo del vínculo, que ha unido tan estrechamente a dos personas en la tierra o, por el contrario, todo será olvidado una vez que se ha traspasado el umbral de la vida eterna?

Un día, algunos saduceos presentaron a Jesús el caso límite de una mujer, que había sido sucesivamente esposa de siete hermanos, preguntándole de quién habría sido esposa después de la resurrección de los muertos. Jesús respondió: «Cuando resuciten de entre los muertos, ni ellos tomarán mujer ni ellas marido, sino que serán como ángeles en los cielos» (Marcos 12,25). Interpretando de un modo erróneo esta frase de Cristo, algunos han sostenido que el matrimonio no tiene continuación alguna en el cielo. Pero, Jesús con aquella frase rechaza la idea caricaturesca, que los saduceos presentan del más allá, como si fuese una simple continuación de las relaciones terrenas entre los cónyuges; no excluye que ellos puedan volver a encontrar en Dios el vínculo, que les ha unido en la tierra.

Dejo hablar, en este punto, a un hombre casado, padre de cinco hijos: «¿Es posible que dos esposos, después de una vida, que les ha tenido unidos a Dios con el milagro de la creación, no tengan nada en común en la vida eterna, como si todo se hubiese olvidado y perdido? ¿No estaría esto en contraste con la palabra de Cristo, que dice que no se debe dividir lo que Dios ha unido? Si Dios les ha unido en la tierra, ¿cómo puede dividirles en el cielo? Todas las noches pasadas juntos en blanco con el hijo enfermo, el ansia por el hijo que no vuelve, por sus elecciones, por sus crisis, por sus fracasos, la alegría por sus victorias, la solidaridad en los momentos difíciles, expresada en las miradas que se entrecruzan como entendimiento directo entre dos almas: ¿puede todo esto acabar en la nada sin que se contradiga el sentido mismo de la vida de acá abajo, que está para preparar la venida del Reino, los cielos nuevos y la tierra nueva?»

Es la Escritura misma, no sólo el natural deseo de los esposos, la que apoya esta esperanza. El efecto del matrimonio, según la Biblia, es hacer de los dos «un solo cuerpo» (cfr. Génesis 2, 24; Mateo 19,6). Vale, por lo tanto, también para este «cuerpo» especial lo que Pablo asegura acerca de la suerte de nuestro cuerpo físico después de la muerte. Él dice que sucede con él lo que sucede con la semilla caída en tierra:

«En la resurrección de los muertos: se siembra corrupción, resucita incorrupción; se siembra vileza, resucita gloria; se siembra debilidad, resucita fortaleza; se siembra un cuerpo animal, resucita un cuerpo espiritual» (cfr. 1 Corintios 15, 36-44).

Según esta perspectiva, el matrimonio no termina del todo con la muerte, sino que viene transfigurado, espiritualizado, sustraído a todos los límites, que señalan la vida sobre la tierra; como, por lo demás, tampoco son olvidados los vínculos existentes entre padres e hijos o entre amigos.

En un prefacio de los difuntos, la liturgia proclama: «*Vita mutatur, non tollitur*», esto es, la vida cambia, no se quita. También, el matrimonio, que es parte de la vida, viene transformado, no anulado. El matrimonio, dice la Escritura, es un «gran sacramento», que simboliza la unión entre Cristo y la Iglesia (Efesios 5, 32). ¿Es posible, por lo tanto, que sea abolido precisamente en la Jerusalén celestial, en donde se celebra el eterno banquete nupcial entre Cristo y la Iglesia?

La fórmula ritual pronunciada por los esposos en el momento del matrimonio dice: «Yo... te tomo a ti... como esposo mío (esposa mía) y prometo serte fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad y así amarte todos los días de mi vida». Sería necesario enseñar a los esposos a modificar (al menos, mentalmente) esta fórmula y decir: «hasta que la muerte nos vuelva a unir». Sí; porque la verdadera y perfecta unidad entre los esposos se alcanzará sólo en el cielo.

Pero, ¿qué decirles a los que han tenido en el matrimonio terreno una experiencia negativa de incompreensión y de sufrimiento? Pensemos, por ejemplo, en santa Rita de Casia, quien, según las fuentes históricas, fue «mujer y víctima del marido» y que, llegada a la viudez, se hizo monja agustina. ¿No es para ellos motivo de pánico, más que de consolación, la idea de que la unión no se rompe ni siquiera con la muerte? No; porque con el paso del tiempo en la eternidad permanece el bien y el mal desaparece. El amor, que les ha unido, aunque fuese por breve tiempo, permanece; los defectos, las incompreensiones, los sufrimientos, que se han ocasionado recíprocamente, se destruyen. Al contrario, este sufrimiento, aceptado con fe, se convertirá en gloria. Muchísimos cónyuges experimentarán el amor verdadero entre ellos sólo cuando se habrán reunido «con Dios» y, con ello, la alegría y la plenitud de la unión, que no han gozado en la tierra. En Dios todo se entenderá, todo se excusará, todo se perdonará.

Se dirá: ¿y los que han estado legítimamente casados con distintas personas? Por ejemplo, ¿los viudos y las viudas vueltos a casar? (Fue el caso, presentado a Jesús, de los siete hermanos, que habían tenido sucesivamente como esposa a la misma mujer). También, para ellos debemos repetir lo mismo: lo que ha habido de amor y de donación verdaderos con cada uno de los maridos tenidos (o de las esposas), siendo objetivamente un «bien» y viniendo de Dios, no será anulado. Allá arriba, ya no habrá más rivalidad en el amor o celos. Estas cosas no pertenecen al amor verdadero, sino al límite intrínseco de la criatura.

Quisiera detenerme aquí, con esta visión llena de esperanza para todos los casados; pero, traicionaría al Evangelio, que debo explicar, si no apuntase asimismo la posibilidad de un resultado opuesto y negativo. ¿Qué decir de los que en la tierra han profanado el matrimonio propio o el de otros, que han hecho llorar lágrimas amargas, que han cambiado al propio compañero como se cambia de vestido? ¿Todo irá bien, igualmente, para ellos? No; para ellos, si no se arrepienten a tiempo y no cambian de vida antes de morir, según la Escritura (como, asimismo, según el sano sentido de justicia de todo hombre), no habrá festines nupciales en el cielo, sino un severo juicio de Dios.

Pero, yo no quiero concluir una reflexión llevada toda ella hacia la esperanza con una nota negativa. El Apocalipsis nos dice que, en el momento de la muerte, Dios irá al encuentro de quienes vienen de la «gran tribulación» del mundo, para «secar cualquier lágrima de sus ojos» y asegurarles que ya no habrá más luto, ni dolor, ni afán (cfr. Apocalipsis 7, 14). A mí me satisface pensar que cuando

Dios, en los umbrales de la eternidad, vaya al encuentro de los viudos y de las viudas se hará acompañar del cónyuge, que haya llegado primeramente al paraíso. Si en el cielo, nos asegura el Evangelio, seremos «acogidos» por los pobres, de los que nos hemos hecho amigos en la tierra con la limosna (cfr. Lucas 16,9), ¿no se deberá decir lo mismo de aquellos que no sólo han sido amigos sino esposos en la tierra?

FLUVIUM (www.fluvium.org)

Sinceridad de corazón

Este breve suceso que, en su sencillez, nos transmite hoy san Marcos, encierra, sin embargo, una enseñanza decisiva para la vida cristiana; que, por cierto, quiso Nuestro Señor recalcar en diversas ocasiones. De sobra es conocido, por ejemplo, que criticaba la hipocresía de los fariseos, llamándoles **sepulcros blanqueados**, aludiendo al tan diferente aspecto que muestran de ordinario esas construcciones por fuera en relación con su interior.

Los comentarios de Jesús que consideramos hoy se refieren a tres tipos de personas. Nuestro Señor analiza la conducta de cada una poniéndola en relación con lo interior de ellas mismas. Queda de este modo manifiesta la autenticidad de los personajes analizados, pues, por la coherencia o no entre el corazón y sus obras externas, es patente para nosotros, iluminados por el Señor, lo auténtico, lo que nos permanece oculto de ordinario y sólo Dios, que ve el corazón, conoce siempre.

Crítica Jesús en primer lugar a los que fingen. En aquella época toda una clase de personas se apoyaba en algo, tan superficial y sin fundamento como la indumentaria, para hacerse respetar y gozar de un pretendido prestigio ante la mayoría. Eran también un conjunto apariencias y poses estudiadas para insinuar sabiduría, honradez, piedad, etc. Toda una vida construida sobre un estudiado y artificioso engaño que, si bien es cierto requería no poco esfuerzo por parte del individuo, le investía a la vez de abundantes derechos. Derechos de los que gozaban ciertos escribas y fariseos, tan injustamente como falsa era su conducta.

Como poco han cambiado los defectos humanos en el transcurso de los años, también en nuestros días nos encontramos con demasiada frecuencia a los que viven de apariencias. Viven del “cuento”, solemos decir, Nosotros le pedimos al Señor no caer nunca en la tentación de querer pasar por algo más de lo que somos. Es posible que esa sugerencia perversa se nos insinúe muy ocasionalmente, no como actitud habitual de comportamiento. No debemos, sin embargo, recurrir jamás a la mentira en ninguna de sus formas, tampoco con la disculpa de que a nadie hacemos daño o es cosa de poca importancia.

Pensemos, en cambio, que la veracidad debe ser la norma habitual de nuestra conducta. Consiste tan sólo en comportarse con naturalidad, en no hacer nada especial por aparecer mejores de lo que somos. El veraz no se cansa cuando cae bien. Al menos, vive sin la preocupación de cómo dar una buena imagen, porque le basta con hacer lo que le parece mejor. Otros, en cambio, tienden como incorporado un asesor de imagen a su personalidad. Están, primero, preocupados por la acogida que tendrán sus palabras, sus gestos, su imagen. Les importa mucho lo que se diga que ellos, lo que se piense... Tan intensa llega a ser para algunas personas esta preocupación que, de hecho, consideran secundario el comportamiento recto. La rectitud en la acción –piensan– no siempre se ve recompensada con el aplauso de quienes la contemplan.

La persona de una pieza, el que es veraz, aunque intente dar buen ejemplo, no está excesivamente preocupado por cómo queda con su conducta. Tiene confianza en sus buenas obras: **por sus frutos los conoceréis**, dijo el Señor, y sabe que rara vez los buenos lo interpretarán mal.

Precisamente a esto se refiere Nuestro Señor, en su último comentario sobre de las otras dos personalidades que aparecen en el Evangelio de este domingo. Observando a los que daban limosna, veía que algunos ricos echaban bastante dinero en el lugar previsto. No es a éstos, sin embargo, a los que alaba Jesús, pues podrían haber sido más generosos: **todos han echado algo de lo que les sobra**, comenta Jesús. Alaba, en cambio, la generosidad total –que pasa inadvertida en su heroísmo que nadie reconoce– de una mujer viuda. Sólo Dios –y ya es bastante– advierte el amor grande de su corazón.

También aplaudirían su conducta, sin duda, cuantos hombres y mujeres de bien hubieran conocido las circunstancias de su vida, y el afán por Dios, que impulsaba a la mujer a pesar de su penuria. Posiblemente no sería fácil presuponer una gran generosidad, en quien tan sólo entregaba **dos monedas pequeñas**. Y precisamente por esto nosotros hemos de aprender la lección de no menospreciar a nadie y, sobre todo, de actuar con toda honradez y el rectitud, muy serenos, casi sin querer saber que otros nos contemplan, y muy seguros, en cambio, de que es Dios ante todo el gran el Espectador de nuestra vida.

María, llega de Gracia, todo lo hacía para Dios. Aunque casi todos sus trabajos ordinarios de cada día los acogieran otras personas, tal vez José o el propio Jesús, cada momento de su jornada no dejaba de ser un momento para Dios. A Ella le pedimos saber imitarla especialmente en esto, deseando que en el mundo cunda su ejemplo.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

La viuda y el escriba

Dos de las lecturas de hoy –la primera y la tercera– tienen un protagonista idéntico: una viuda, es decir, aquella que en la sociedad antigua, toda basada en los hombres, es la persona socialmente más expuesta y más desprovista de prestigio y de recursos.

De la primera viuda, el libro de los Reyes nos dice que un día se le presentó el profeta Elías y le pidió algo de comer y de beber; ella no tenía en casa más que un puñado de harina; había pensado en hacer una hogaza, en cocerla bajo las brasas para ella y su hijo y luego esperar la muerte ya que no tenían otra cosa para comer. De la viuda evangélica aprendemos que, sin ser observada, pasa delante del cepillo de las limosnas del templo y echa allí dos monedas de poco valor, O sea –como dice Jesús– todo lo que tiene. Son dos escenas de una simplicidad extrema, pero veremos cargadas de significado religioso y espiritual.

Una primera reflexión nace justamente de la comparación entre la viuda del Antiguo Testamento y la del Nuevo Testamento. El episodio del Antiguo Testamento es un episodio con final feliz; cuando la mujer decide privarse de su último bocado para dárselo al profeta, se produce el milagro: la harina no se acaba en el tarro ni el aceite en el frasco hasta que todos están satisfechos. En aquel caso, Dios ha recompensado en seguida la confianza puesta en él, se ha realizado lo que se canta en el Salmo responsorial: *El Señor da el pan a los hambrientos; él sustenta al huérfano y a la viuda.*

El episodio del Evangelio no tiene final feliz, al menos no en el mismo modo. Aquella viuda pasa, da sus últimas monedas y se va. Nadie la llama para devolverle el céntuplo; no hay ningún milagro; su gesto se consuma en la oscuridad de la fe entre ella y su Dios.

Esto nos ofrece la ocasión para una consideración importante: el Evangelio exige de nosotros una fe en Dios y una esperanza más refinada y más exigente que las del Antiguo Testamento; la respuesta ya no está toda aquí abajo, es decir, en los bienes de la tierra, en sirvientes y rebaños. Nosotros no podemos dar a Dios nuestro “uno” y luego, por así decirlo, abrir enseguida el delantal y esperar que él nos devuelva el “céntuplo” de aquello que hemos dado. No podemos razonar con el principio del *do ut des*; esto sería cálculo más que confianza. El céntuplo existe también aquí abajo y también aquella viuda, quizás, tuvo el suyo, pero eso no consiste tanto en cosas cuanto en el Reino de Dios, o sea, en alegría, amor y paz en el espíritu (cfr. Rom. 14, 17; Gál. 5, 22).

Por esto nosotros sentimos tan cercana al espíritu del Evangelio y a la bienaventuranza de los pobres de espíritu, a aquella viuda que, en su pobreza, da todo lo que tiene, sin hacer saber a nadie que está dando “más que los otros”, sin preocuparse por saber si alguno al menos ha notado su sacrificio. Ella no sabía, pero nosotros sí; nosotros sabemos que había uno, aquel día, que, sin ser visto, vio todo y era nada menos que el mismo Hijo de Dios. Dado que –a juzgar por el relato– se trata de un episodio real y no de una parábola, podemos tener la certeza de que aquellos dos, Jesús y la viuda, se han encontrado de nuevo en el Reino del Padre y allí la viuda ha recibido verdaderamente el premio de la vida eterna. La Aclamación al Evangelio ha evocado precisamente este momento: “Vengan, benditos de mi Padre, reciban el Reino preparado para ustedes”.

Este pasaje evangélico nos vuelve a proponer algunas grandes palabras del Evangelio. Jesús dice una vez: cuando das limosna, no hagas sonar la trompeta delante de ti, como hacen los escribas y los fariseos que quieren hacerse ver. Más bien, ¿quieres un consejo? Cuando des limosna, ni siquiera tu izquierda debe saber lo que está haciendo tu derecha, porque así tu Padre, que ve en el secreto, te podrá recompensar. Y, cuando reces, retírate, cierra la puerta de tu celda detrás de ti (cfr. Mt. 6, 1 ssq.). Con estas palabras, Jesús no pretendía, por cierto, prohibir la plegaria pública y litúrgica; al contrario, era un modo de decir para recomendar la pureza de la intención, rezar para Dios y no para crecer en la estima de los hombres. Dios –nos dice Jesús– puede recompensar sólo lo que se hace por él; lo que hacemos por los hombres –o sea, en último análisis, por nosotros mismos Y por nuestra gloria– es todo sembrar al viento o “en el camino”. Eso ya ha recibido su mísera recompensa (cfr. Mt. 6, 2).

Si, mientras hacemos el bien, en alguna parte escondida de nuestro corazón, pensamos en qué dirán los otros, en la admiración que lograremos despertar, ponemos algo parecido a un gusano en nuestras acciones, un gusano que las roerá a todas. Si nos va bien, las volveremos a encontrar un día en el juicio, como muchos frutos carcomidos que deben ser cortados en varios puntos para sacar de ellos alguna pequeña parte buena. Cuántas de nuestras acciones son así: hechas para nosotros mismos. Dios nos dirá: si era esto lo que buscaban –quedar como justos delante de los hombres, tener gloria los unos entre los otros– lo han tenido; ¡no pueden esperar más de mí; han tenido su recompensa!

En el Evangelio de hoy, todo esto está personificada en el escriba descrito en la primera parte del pasaje, Y que constituye la exacta antítesis de la viuda. Jesús lo ha esbozado con toques rápidos pero eficaces. Este tipo humano es el justo, el erudito, el hombre formal de su época (¡y de todas las épocas!); pasea por las plazas con amplias vestiduras, siempre a la caza de saludos Y reverencias, complacido por la sujeción que provoca en la pobre gente ignorante. Reza oraciones y hace limosnas, pero sólo si es visto y para ser visto; tal vez ni siquiera lo hace con maldad: en él se

ha convertido en una segunda naturaleza; la religión se ha transformado en ostentación; allí ya Dios ni entra, o mejor dicho, entra, pero sólo como pretexto Y como factor de discriminación entre él y los pecadores. En estos escribas, Jesús nos ha descrito cómo debía ser, en la vida cotidiana, el fariseo que en la parábola había esbozado en el templo durante la plegaria (cfr. Lc. 18, 9 ssq.).

Sin embargo, la ostentación no es el único pecado que Jesús denuncia en estos hombres practicantes, y ni siquiera es el principal; hay una pequeña frase que echa una luz nueva sobre todo el Evangelio de hoy, y lo hace extremadamente actual: *Devoran las casas de las viudas*, dice Jesús de los escribas, y lo que sabemos históricamente de la situación social de la época confirma el juicio de Jesús. Junto con los fariseos, ellos habían logrado imponer veinticuatro tipos distintos de impuestos en dinero o en especie para pagar en el templo, es decir, a la propia clase, poniendo a los más pobres ante la continua alternativa de sufrir hambre o de no acatar la ley. Por lo tanto, detrás de la ostentación está la opresión del pobre denunciada por Jesús. Habiéndose sentado frente al tesoro – apunta el evangelista Marcos– Jesús observaba a la multitud que echaba monedas allí, y varios ricos echaban muchas. Aquel día, el Señor denunció de dónde venían aquellas “muchas monedas”; ante Dios desfilan el opresor y el oprimido, el devorador de las casas de las viudas y la misma viuda, y Jesús nos ha revelado de qué lado está Dios. En el Salmo responsorial hemos escuchado esto: *El Señor... hace justicia a los oprimidos... y entorpece el camino de los malvados*, es decir, de los opresores.

Esto –decía– es extremadamente actual: hay pecados en nuestra sociedad que nunca se acusan. ¿Cómo creemos que devoraban las casas de las viudas los ricos de entonces, si no era con los medios de siempre: usuras, imposiciones, precios deshonestos, enredos, alquileres exagerados? ¿Quién se acusa de estas cosas? A juzgar por el tenor de las confesiones, parece que ninguna de estas cosas suceda ya en nuestra sociedad o, si suceden, que ningún cristiano tome parte en ellas. Esto es señal de un grave atraso en tomar conciencia de las exigencias más verdaderas del Evangelio. Algunas veces, es señal de una recaída en la religión de los escribas: se mata, se roba y se cree volver a hacerse de una nueva honorabilidad social y religiosa con aparatosas donaciones benéficas. Se cree cancelar los robos hechos a los hombres con donativos hechos a Dios. ¡Casi un intento de corrupción con respecto a este último! Nosotros tenemos la obligación de decir estas cosas desagradables; no hacerla, significaría traicionar el Evangelio, volverlo inocuo, pero también, estéril y no creíble.

Al volver a casa, después de esta nuestra asamblea litúrgica, nosotros deberíamos sentirnos como niños que vuelven de la escuela con una tarea para hacer en casa. Es una imagen que a menudo tenemos presente en estas semanas de otoño. Nosotros estuvimos en la escuela de Jesús; como lo hizo aquel día delante del templo, hoy también él ha reunido a su alrededor a sus discípulos para instruirlos. Volvemos a casa con una tarea bien precisa para desarrollar y, como buenos escolares, no debemos sentirnos bien con nosotros mismos hasta que no hayamos empezado a hacerla: la tarea es “poner en práctica”, ejercitarse, repasar lo que Jesús nos ha dicho. Las ocasiones concretas no nos faltan: ¿somos pobres, no tenemos grandes recursos? Jesús nos propone imitar a la viuda; imitarla no tanto en dar a Dios las últimas monedas, sino más bien en tener confianza en él, en ofrecerle todo lo que tenemos, quizás las penurias y las ansias por el pan cotidiano. Al contrario, ¿somos ricos o estamos involucrados en negocios? Jesús nos propone no imitar a los escribas que devoran las casas de los pobres, ponernos límites en las ganancias, aun a costa de quedarnos atrás con respecto a otros menos escrupulosos.

Este es el alimento que hemos recibido hoy en la “mesa de la palabra”; ahora nos preparamos para recibir el alimento del pan en la “mesa de su cuerpo”. Este alimento nos debe servir para sostenernos a lo largo del camino de la semana y para poner en práctica su palabra.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la Parroquia de San Rafael (11-XI-1979)

– **La Santa Misa, Sacrificio de la Cruz**

– **Sacerdocio de Cristo**

– **Los pobres de espíritu**

En la lectura a la Carta a los Hebreos...He aquí que Cristo, Sacerdote de la nueva y eterna Alianza, entra en el santuario eterno «para comparecer ahora en la presencia de Dios a favor nuestro» (Hb 9,24). Entra para ofrecer continuamente por la humanidad el Sacrificio único, que ha ofrecido una sola vez “para destruir el pecado por el sacrificio de sí mismo” (Hb 9,26).

Todos nosotros participamos en este único Santo Sacrificio.

Todos nosotros tenemos parte en el único y eterno sacerdocio de Cristo, Hijo de Dios.

Todos nosotros tenemos parte en la misión sacerdotal, profética y real (pastoral) de Cristo, como nos enseña el Concilio Vaticano II; para que, ofreciendo junto con Él y por Él nuestros dones espirituales, podamos entrar con Él y por Él en el santuario eterno de la Majestad Divina, el santuario que Él ha preparado para nosotros como «casa del Padre» (Jn 14,2).

Para llegar a la casa del Padre debemos dejarnos guiar por la verdad, que Jesús ha expresado en su vida y en su doctrina. Es verdad rica y universal. Desvela ante los ojos de nuestra alma los amplios horizontes de las grandes obras de Dios. Y, al mismo tiempo, desciende tan profundamente a los misterios del corazón humano, como sólo la Palabra de Dios puede hacerlo. Uno de los elementos de esta verdad es el que parece recordarnos la liturgia de hoy con un acento especial:

“Bienaventurado los pobres de espíritu, porque suyo es el reino de los cielos” (Mt 5,3).

Se puede decir que la liturgia de este domingo ilustra de manera especialmente sugestiva esta primera bienaventuranza del sermón de la montaña, permitiéndonos penetrar a fondo en la verdad que contiene. Efectivamente, nos habla en la primera lectura de la viuda pobre de los tiempos de Elías, que habitaba en Sarepta de Sidón. Poco después nos habla de otra viuda pobre de los tiempos de Cristo, que ha entrado en el atrio del templo de Jerusalén. Una y otra han dado todo lo que podían. La primera dio a Elías el último puñado de harina para hacer una pequeña torta. La otra echó en el tesoro del templo dos leptos, y estos dos leptos constituían todo “lo que tenía” (Mc 12,44). La primera no queda defraudada porque, conforme a la predicción de Elías, “no faltó la harina de la tinaja, hasta que el Señor hizo caer la lluvia sobre la tierra” (cfr. 1 Re 17,14). La segunda pudo escuchar las alabanzas más grandes de labios de Cristo mismo.

Mediante esas dos viudas se desvela el verdadero significado de esa pobreza de espíritu, que constituye el contenido de la primera bienaventuranza en el sermón de la montaña. Esto puede sonar a paradoja, pero esta pobreza esconde en sí una riqueza especial. Efectivamente, rico no es el que tiene, sino el que da. Y da no tanto lo que posee, cuanto a sí mismo. Entonces, él puede dar aun cuando no posea. Aun cuando no posea, es por lo tanto rico.

El hombre, en cambio, es pobre, no porque no posea, sino porque está apegado –y especialmente cuando está apegado espasmódica y totalmente– a lo que posee. Esto es, está apegado de tal manera que no se halla en disposición de dar nada de sí. Cuando no está en disposición de

abrirse a los demás y darse a sí mismo. En el corazón del rico todos los bienes de este mundo están muertos. En el corazón del pobre, en el sentido en que hablo, aun los bienes más pequeños reviven y se hacen grandes.

Ciertamente en el mundo mucho ha cambiado desde que Cristo pronunció la bienaventuranza de los pobres de espíritu en el sermón de la montaña. Los tiempos en que vivimos son bien diversos de los de Cristo. Vivimos en otra época de la historia de la civilización, de la técnica, de la economía. Sin embargo, las Palabras de Cristo nada han perdido de su exactitud, de su profundidad, de su verdad. Más aún, han adquirido un nuevo alcance.

Hoy no sólo es necesario juzgar con la verdad de estas Palabras de Cristo el comportamiento de una viuda pobre y de sus contemporáneos, sino que es necesario juzgar con esta verdad todos los sistemas y regímenes económico-sociales, las conquistas técnicas, la civilización del consumo y al mismo tiempo toda la geografía de la miseria y del hambre, inscrita en la estructura de nuestro mundo.

Y así, como en los tiempos del sermón de la montaña, También hoy cada uno de nosotros debe juzgar con la verdad de las Palabras de Cristo sus obras y su corazón.

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

En el atrio del Templo destinado a las mujeres, había trece cepillos. En ellos se recogían las contribuciones impuestas por la Ley y las aportaciones voluntarias. Jesús ve a unos ricos depositando sus ofrendas y a una viuda pobre que echó dos reales “*todo lo que tenía para vivir*”. Su contribución fue pequeña pero grande a los ojos de Dios. Dar parte de lo que uno tiene a la causa del Evangelio – parte de nuestro tiempo, nuestro dinero, etc.–, es sin duda meritorio, pero darlo todo es ganarse la admiración de Dios.

La entrega generosa de nuestras posibilidades a la extensión del Reino de Dios, estar dispuesto a ayudar siempre a quienes lo necesiten, trabajar con intensidad en los deberes del propio estado, emplearse a fondo en la educación de los hijos, tratar de influir cristianamente en quienes conocemos, no rehuir la presencia en la vida política, cultural, social, es comportarse como esta viuda pobre. Dar todo lo que podemos.

Con frecuencia nos invade el desánimo pensando que nuestra palabra es –como estas dos monedas– cosa de nada. ¿Qué es una palabra, un consejo, una advertencia, un gesto, un buen ejemplo? ¿No entra por un oído y sale por el otro casi siempre? Cuando esas palabras salen de un corazón unido a la causa de Jesucristo, penetran también en los corazones de quienes las reciben y, como la levadura al mezclarse con la harina se convierte en un pan oloroso y rico. Así sucede también en la Iglesia, que nuestra entrega tiene una repercusión mayor que la que pueda llevar a cabo gente poderosa. Dios multiplicará ese esfuerzo nuestro como hizo el profeta Elías con lo poco que, confiadamente, le entregó la mujer de Sarepta.

¡Tengamos fe! ¡Cultivemos ese espíritu que condujo a esta mujer a entender que su modesta ofrenda no pesaría menos que la de los acaudalados! Esta mujer dio lo que podía y esto representa para Dios lo máximo. No olvidemos este ejemplo de la pobre viuda cuando tantos esfuerzos se nos antojan inútiles frente al bombardeo implacable de los poderosos medios de comunicación, y oiremos también de labios de Jesús: ¡Tú, por la Iglesia, por tus hijos, tu familia, la humanidad, has hecho más que nadie!

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

“Tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará”

Los relatos de acciones portentosas de los profetas tienen un objetivo muy concreto: realzar su fama, que todos sepan que Dios está con ellos y hay que tenerlos en cuenta.

San Marcos presenta aquí un severísimo juicio. Parecen sentencias entresacadas de algún pasaje más amplio y que se redujo para la catequesis. Las primeras acusaciones de Jesús contra los fariseos adquieren su verdadero sentido en aquella cultura: usar el manto propio de la oración (“tallith”) fuera del templo, era un signo de ostentación de religiosidad; sentarse en el primer banco de la sinagoga, bajo el cual se guardaban los rollos de la ley, era señal de categoría social y se buscaba afanosamente. Si se añaden datos de hipocresía, rapiña y orgullo (“devoran los bienes de las viudas con pretexto de largos rezos”), comprenderemos que Jesús se muestre tan duro con ellos.

En la categoría de famosos suele nuestra sociedad incluir a quienes no ocultan su vida, pese a estar a veces marcada por el escándalo, el esperpento o la extravagancia. Quienes se toman la vida en serio, no suelen ser famosos. Hacen el bien calladamente y, casi sin saberse, llega a muchos.

— El cumplimiento de la Ley:

“El cumplimiento perfecto de la Ley no podía ser sino obra del divino Legislador que nació sometido a la Ley en la persona del Hijo. En Jesús la Ley ya no aparece grabada en tablas de piedra sino «en el fondo del corazón» (Jr 31,33) del Siervo, quien, por «aportar fielmente el derecho» (Is 42,3), se ha convertido en «la Alianza del pueblo» (Is 42,6). Jesús cumplió la Ley hasta tomar sobre sí mismo «la maldición de la Ley» (Ga 3,13) en la que habían incurrido los que no «practicaban todos los preceptos de la Ley» (Ga 3,10), porque ha intervenido su muerte para remisión de las transgresiones de la Primera Alianza (Hb 9,15)” (580).

— El amor de la Iglesia por los pobres:

“«El amor de la Iglesia por los pobres... pertenece a su constante tradición». Está inspirado en el Evangelio de las bienaventuranzas, en la pobreza de Jesús, y en su atención a los pobres. El amor a los pobres es también uno de los motivos del deber de trabajar, con el fin de «hacer partícipe al que se halle en necesidad» (Ef 4,28). No abarca sólo la pobreza material, sino también las numerosas formas de pobreza cultural y religiosa (cf. CA 57)” (2444).

— “Zaqueo fue un hombre de gran voluntad y su caridad fue grande. Dio la mitad de sus bienes en limosnas y se quedó con la otra mitad sólo para devolver lo que acaso había defraudado. Mucho dio y mucho sembró. Entonces aquella viuda que dio dos céntimos, ¿sembró poco? No, lo mismo que Zaqueo. Tenía menos dinero pero igual voluntad, y entregó sus dos moneditas con el mismo amor que Zaqueo la mitad de su patrimonio. Si miras lo que dieron, verás que entregan cantidades diversas; pero si miras de dónde lo sacan, verás que sale del mismo sitio lo que da la una que lo que entrega el otro” (San Agustín, Com. Ps 125).

¡Qué cortitos de aspiraciones son aquellos que se conforman con el premio de ser vistos! Aquellos que sólo buscan la mirada de Dios aspiran a mucho más: a que el premio sea el mismo Dios.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

El valor de la limosna.

– **Dar no sólo de lo superfluo, sino incluso de aquello que nos parece necesario.**

I. La liturgia de este domingo nos presenta la generosidad de dos mujeres que merecieron ser alabadas por Dios. En la *Primera lectura*¹ leemos cómo Elías pidió de comer a una viuda que encontró a las puertas de Sarepta. Eran días de sequía y de hambre, pero aquella mujer compartió con el Profeta lo que le quedaba, hasta el último puñado de harina, y confió en las palabras de aquel hombre de Dios: *La orza de harina no se vaciará, la alcuza de aceite no se agotará, hasta el día en que el Señor envíe la lluvia sobre la tierra.* Y así sucedió. Tuvo luego el honor de ser recordada por Jesús².

El Evangelio de la Misa nos presenta al Señor sentado ante el cepillo de las ofrendas para el Templo³. Observaba cómo las gentes depositaban allí su limosna y *bastantes ricos echaban mucho*. Entonces se acercó una viuda pobre y *echó dos monedas, que hacen la cuarta parte de un as*. Se trataba de dos monedas de escaso valor. Su importancia desde un punto de vista contable era mínima, pero para Jesús fue muy grande. Mientras se marchaba congregó a sus discípulos y, señalándola, dijo: *En verdad os digo que esta viuda pobre ha echado más que todos los otros, pues todos han echado algo que les sobraba; ella, en cambio, en su necesidad, ha echado todo lo que tenía, todo su sustento.* El Señor alaba en esta mujer la generosidad de las limosnas destinadas al culto y toda dádiva que nace de un corazón recto y generoso, que sabe dar incluso aquello de que tiene necesidad. Más que en la cantidad misma, Jesús se fija en las disposiciones interiores que mueven a obrar; no mira tanto “la cantidad que se le ofrece, sino el afecto con que se le ofrece”⁴.

La limosna, no sólo de lo superfluo sino también de lo necesario, es una obra de misericordia gratísima al Señor, que no deja nunca de recompensar. “Jamás será pobre una casa caritativa”⁵, solía repetir el santo Cura de Ars. Su práctica habitual resume y manifiesta otras muchas virtudes, y atrae la benevolencia divina. En la Sagrada Escritura es vivamente recomendada: *Nunca temas dar limosna –se lee en el libro de Tobías– porque de ese modo atesoras una buena reserva para el día de la necesidad. Porque la limosna libra de la muerte e impide caer en las tinieblas. Es un don valioso para cuantos la practican en presencia del Altísimo*⁶. Si alguno no entendiera esta obligación o se resistiera a cumplirla se expondría a reproducir en su vida la triste figura de aquel mal rico⁷ que, ocupado sólo en sí mismo y apegado desordenadamente a sus bienes, no acertó a ver que el Señor puso al pobre Lázaro cerca de él para que le socorriera con sus bienes.

¡Con qué alegría volvería aquella mujer a su casa, después de haber dado todo lo que tenía! ¡Qué sorpresa la suya cuando, en su encuentro con Dios después de esta vida, pudo ver la mirada complacida de Jesús aquella mañana en que hizo su ofrenda! Cada día esta mirada de Dios se posa sobre nuestra vida.

– **La limosna manifiesta nuestro amor y entrega al Señor.**

II. La limosna brota de un corazón misericordioso que quiere llevar un poco de consuelo al que padece necesidad, o contribuir con esos medios económicos al sostenimiento de la Iglesia y de aquellas obras buenas dirigidas al bien de la sociedad. Esta práctica lleva al desprendimiento y prepara el corazón para entender mejor los planes de Dios. Esta disposición del alma *lleva a ser muy*

¹ 1 Re 17, 10-16.

² Cfr. Lc 4, 25 ss.

³ Mc 12, 41-44.

⁴ SAN JUAN CRISOSTOMO, *Homilías sobre la Epístola a los Hebreos*, 1.

⁵ SANTO CURA DE ARS, *Sermón sobre la limosna*.

⁶ Tob 4, 8-11.

⁷ Cfr. Lc 16, 19 ss.

generosos con Dios y con nuestros hermanos; a moverse, a buscar recursos, a gastarse para ayudar a quienes pasan necesidad. No puede un cristiano conformarse con un trabajo que le permita ganar lo suficiente para vivir él y los suyos: su grandeza de corazón le impulsará a arrimar el hombro para sostener a los demás, por un motivo de caridad, y por un motivo de justicia⁸.

Los primeros cristianos manifestaron su amor a los demás viviendo con especial esmero la preocupación por atender las necesidades materiales de sus hermanos. De ahí las innumerables referencias que encontramos en los *Hechos de los Apóstoles* y en las *Epístolas* de San Pablo sobre el modo de vivir esta obra de misericordia. Hasta se sugiere la manera concreta de llevarla a cabo: *El día primero de la semana, separe cada uno de vosotros lo que le parezca bien...*⁹, escribe San Pablo a los cristianos de Corinto. No sólo daban de lo que les sobraba: en muchos casos –como ocurría en Macedonia– pasaban entonces por duros momentos económicos. El Apóstol no deja de alabarlos, pues *en medio de una gran tribulación con que han sido probados, su rebosante gozo y su extrema pobreza se desbordaron en tesoros de generosidad; porque doy testimonio de que según sus posibilidades, y aun por encima de ellas, nos pidieron con mucha insistencia la gracia particular de participar en el servicio de los santos*¹⁰. Y no sólo contribuyeron con generosidad en la colecta en favor de los cristianos de Jerusalén, *sino que se dieron a sí mismos, primeramente al Señor y luego, por voluntad de Dios, a nosotros*¹¹. Quizá se refiere San Pablo a la entrega generosa a la evangelización de sus colaboradores más leales. Comentando este pasaje, Santo Tomás afirma que “así debe ser el orden en el dar: que primero el hombre sea acepto a Dios, porque si no es grato a Dios, tampoco serán recibidos sus dones”¹². La limosna, en cualquiera de sus formas, es expresión de nuestra entrega y de nuestro amor al Señor, que han de ir por delante. Dar y darse no depende de lo mucho o de lo poco que se posea, sino del amor a Dios que se lleva en el alma. “Nuestra humilde entrega –insignificante en sí, como el aceite de la viuda de Sarepta o el óbolo de la pobre viuda– se hace aceptable a los ojos de Dios por su unión a la oblación de Jesús”¹³.

– Dios recompensa con creces nuestra generosidad.

III. La limosna atrae la bendición de Dios y produce abundantes frutos: cura las heridas del alma, que son los pecados¹⁴; es “defensa de la esperanza, tutela de la fe, medicina del pecado; está al alcance de quien la quiere efectuar, grande y fácil a la vez, sin peligro de que nos persigan por ella, corona de la paz, verdadero y máximo don de Dios, necesaria para los débiles, gloriosa para los fuertes. Con ella el cristiano alcanza la gracia espiritual, consigue el perdón de Cristo juez y cuenta a Dios entre sus deudores”¹⁵.

La limosna ha de ser hecha con rectitud de intención, mirando a Dios, como aquella viuda de la que nos habla Jesús en el Evangelio; con generosidad, con bienes que muchas veces nos serían precisos, pero que son más necesarios a otros; evitando ser mezquinos o tacaños ***con quien tan generosamente se ha excedido con nosotros, hasta entregarse totalmente, sin tasa. Pensad ¿cuánto os cuesta –también económicamente– ser cristianos?***¹⁶. La limosna debe nacer de un corazón

⁸ SAN JOSEMARÍA, *Amigos de Dios*, 126.

⁹ 1 Cor 16, 2.

¹⁰ 2 Cor 8, 2-4.

¹¹ 2 Cor 2, 5.

¹² SANTO TOMÁS, *Comentario a la Segunda Carta de San Pablo a los Corintios*, 2, 5.

¹³ JUAN PABLO II, *Homilía en Barcelona*, 7-XI-1982.

¹⁴ Cfr. *CATECISMO ROMANO*, IV, 14, 23.

¹⁵ SAN CIPRIANO, *De las buenas obras y de la limosna*, 27.

¹⁶ SAN JOSEMARÍA, *loc. cit.*

compasivo, lleno de amor a Dios y a los demás. Por eso, por encima del valor material de los bienes que compartimos, está el espíritu de caridad con que realizamos la limosna, que se manifestará en la alegría y generosidad al practicarla. Así, aunque no dispongamos de muchos bienes, haremos realidad las palabras de San Pablo que hoy recoge la *Liturgia de las Horas: Con la fuerza de Dios, somos los afligidos siempre alegres, los pobres que enriquecen a muchos, los necesitados que todo lo poseen*¹⁷. No demos nunca con mala gana o con tristeza, *porque Dios ama al que da con alegría*¹⁸.

Dios premiará con creces nuestra generosidad. Lo que hayamos aportado a los demás en tiempo, dedicación, bienes materiales..., el Señor nos lo devolverá aumentado. *Os digo esto: quien siembra escasamente, escasamente cosechará; y quien siembra copiosamente, copiosamente cosechará*¹⁹. Así multiplicó Dios los pocos bienes que la viuda de Sarepta puso a disposición de Elías, y los panes y los peces que un muchacho entregó a Jesús²⁰, y que quizá tenía previsoramente reservados para aquella necesidad... “Esto dice tu Señor (...): Me diste poco, recibirás mucho; me diste bienes terrenos, te los devolveré celestiales; me lo diste temporales, los recibirás eternos...”²¹. Con gran verdad afirma Santa Teresa que “aun en esta vida los paga Su Majestad por unas vías que sólo quien goza de ello lo entiende”²².

Pidamos a Nuestra Señora que nos conceda un corazón generoso que sepa dar y darse, que no escatime tiempo, ni bienes económicos, ni esfuerzo... a la hora de ayudar a otros y a esas empresas apostólicas en bien de los demás. El Señor nos mirará desde el Cielo con amor compasivo, como miró a la mujer pobre que se acercó aquella mañana al cepillo del Templo.

Pbro. José MARTÍNEZ Colín (Culiacán, México) (www.evangelinet.net)

Todos han echado de lo que les sobra, ésta, en cambio, ha echado de lo que necesitaba

Hoy, el Evangelio nos presenta a Cristo como Maestro, y nos habla del desprendimiento que hemos de vivir. Un desprendimiento, en primer lugar, del honor o reconocimiento propios, que a veces vamos buscando: «Guardaos de (...) ser saludados en las plazas, ocupar los primeros asientos en las sinagogas y los primeros puestos en los banquetes» (cf. Mc 12,38-39). En este sentido, Jesús nos previene del mal ejemplo de los escribas.

Desprendimiento, en segundo lugar, de las cosas materiales. Jesucristo alaba a la viuda pobre, a la vez que lamenta la falsedad de otros: «Todos han echado de lo que les sobra, ésta [la viuda], en cambio, ha echado de lo que necesitaba» (Mc 12,44).

Quien no vive el desprendimiento de los bienes temporales vive lleno del propio yo, y no puede amar. En tal estado del alma no hay “espacio” para los demás: ni compasión, ni misericordia, ni atención para con el prójimo.

Los santos nos dan ejemplo. He aquí un hecho de la vida de san Pío X, cuando todavía era obispo de Mantua. Un comerciante escribió calumnias contra el obispo. Muchos amigos suyos le aconsejaron denunciar judicialmente al calumniador, pero el futuro Papa les respondió: «Ese pobre hombre necesita más la oración que el castigo». No lo acusó, sino que rezó por él.

¹⁷ LITURGIA DE LAS HORAS, *Antífona de Laudes*. 2 Cor 6, 10.

¹⁸ 2 Cor 9, 7.

¹⁹ 2 Cor 9, 6.

²⁰ Cfr. Jn 6, 9.

²¹ SAN AGUSTIN, *Sermón* 38, 8.

²² SANTA TERESA, *Vida*, 4, 2.

Pero no todo terminó ahí, sino que —después de un tiempo— al dicho comerciante le fue mal en los negocios, y se declaró en bancarrota. Todos los acreedores se le echaron encima, y se quedó sin nada. Sólo una persona vino en su ayuda: fue el mismo obispo de Mantua quien, anónimamente, hizo enviar un sobre con dinero al comerciante, haciéndole saber que aquel dinero venía de la Señora más Misericordiosa, es decir, de la Virgen del Perpetuo Socorro.

¿Vivo realmente el desprendimiento de las realidades terrenales? ¿Está mi corazón vacío de cosas? ¿Puede mi corazón ver las necesidades de los demás? «El programa del cristiano —el programa de Jesús— es un “corazón que ve”» (Benedicto XVI).
